

SEVERIANO GIL
Escritor

Las Dos Historias

Hace ahora dos años, en que el fruto de una conversación acabó por adoptar la forma esférica de un proyecto agradable e interesante. Porque escribir —narrar me gusta más— la historia de la Comunidad Israelita de Melilla tenía esa redonda redundancia de lo bien definido, de lo equilibrado, de lo lógico, de lo coherente...

Hasta que comencé a trabajar.

No quise, en principio, seguir un patrón al uso, y traté de convertirme yo mismo en la primera fuente que me ayudara a instalarme bien en el centro del asunto. Un par —quizá más— de viajes por Marruecos fueron suficientes para ponerme en antecedentes de que la cosa no iba a ser tan sencilla. Había en principio detalles y rasgos que mi bolígrafo clavaba profundamente en las páginas de la libretilla donde registro las ideas; y, para empezar, me di cuenta de que casi todas las anotaciones comenzaban con un *¿por qué...?*

A los quince días, eran demasiados *porqués* sin respuesta deductible, y mi estrategia se reorientó hacia las otras fuentes más tradicionales, las bibliográficas, donde descubrí al poco, para inquietud de mi espíritu, que no había demasiados *porque* con los que iniciar las respuestas a mis interrogantes.

Como la Historia se escribe así, leyendo a otros que, antes que uno, leyeron a otros que, antes que ellos, se dedicaron a copiar lo que otros



La Melilla moderna es un compendio de las variadas culturas que se dan cita en ella; la Comunidad Israelita contribuyó de modo determinante en el desarrollo de ésta a partir de finales del XIX.

escribieron, el segmento de materia disponible, más que ajustarse a mis necesidades, se basaba en la simple y llana premisa de ofrecer lo que a otros parecía interesante. Y ahí radica la segunda forma de trabajar Historia: la investigación.

Se hacía necesario, imprescindible, convertir la bibliografía en una mera herramienta con la que desbastar, cortar y pulir la materia prima —la Historia—, al objeto de fabricar un producto decente que ofrecer al público que, dicho sea de paso, apenas conoce la propia Historia.

Pero, ¿cómo hacerlo?

Supongo que, para un Historiador que podríamos llamar *profesional*, es decir, para un licenciado que ha llegado a la misma conclusión de que la Historia necesita, más que conocimientos, trabajo, existen procedimientos institucionalizados con los que encarar la tarea, fórmulas ya probadas, métodos usuales y directorios que reflejan los pasos que los anteriores han dejado marcados sobre el largo camino. En cambio, para un mero escritor como el que suscribe, la cosa no estaba tan clara, a pesar de la dis-



Los judíos melillenses eran los únicos que, a partir de 1862, explotaban los mercados del interior marroquí por medio del comercio caravanero.

ponibilidad de muchos y buenos historiadores que me rodean, de todos los cuales he podido aprender, de quienes se me ha *pegado* algo y a los que constantemente frecuento para que el vínculo de la amistad mantenga esa transmisión —a veces involuntaria— de sabiduría, que constantemente destilan sobre mis neuronas profanas.

Tampoco es plan de andar por ahí, exprimiendo mentes, provocando ideas e hipotecando el tiempo ejeno, así que tuve que echar mano de la lógica, del razonamiento..., y comencé por leerme todo cuanto podía estar relacionado con el asunto a tratar, es decir, con la presencia de judíos en el actual Magreb, el Noroeste africano, que es lo que realmente me interesaba.

Podía hacer dos cosas —de hecho las hice—, una de ellas era trabajar con el tiempo, acudir a la cronología para situar un segmento de la crónicas que abarcase desde el siglo I hasta el VIII, momento en que la llegada del Islam a esta parte del mundo indujo nuevos puntos de vista —a la par con una reconversión total de las estructuras ideológicas y políticas—; la otra modalidad de estudio la basé en marcar el territorio geográfico y trabajar con todo lo que discurrió a través de él; luego, con las dos —el tiempo y el espacio— pude ir haciendo acopio de datos, algunas veces meros apuntes, que me permitieron ir construyendo mi propia idea de lo que iba a contar.

Y me fue bien, porque no había poco. Algunos títulos apenas si pasaban sobre el tema en volandas; otros, hacían mención directa de esta especial configuración étnico-cultural que apenas se menciona en los textos de Historia en general; y me refiero a esas voluminosas, bien editadas y caras enciclopedias que, rivales entre sí, pugnan por ofrecer una mejor visión de los hechos, unos hechos acontecidos hace tanto que pueden someterse a las más variadas especulaciones.

Son en realidad —me refiero a estos compendios lujosamente envueltos en tapas de calidad— una especie de publicidad encubierta de determinados estereotipos. Igual que nuestra prensa diaria, sólo tratan asuntos —noticias— que van a ser del interés del gran público, y así siguen siempre los mismos patrones: Arqueología, lo *último*; Mesopotamia y Egipto, los más antiguos; fenicios, griegos y cartagineses casi metidos en un mismo saco; y Roma, la gran Roma que tanto dejó, y que justifica la calidad de las



Calle de San Miguel, en la ciudad vieja. Aquí estuvo situada la primera sinagoga, alrededor de 1865.



Un pórtico de la isla de Alhucemas. La iconografía bereber está empapada de símbolos que ilustran su pasado judaico.

fotos, la prolijidad de las notas y la genialidad de los autores que, contando con mil años sobre los que elucubrar, llenan las páginas de papel caro con mil y un datos que enriquecen el texto. Luego, llegados al siglo V cambian las direcciones, y unos se decantan por los germanos que nos vinieron del Norte, en tanto que otros prefieren seguir exprimiendo el limón y se regodean con las glorias de Bizancio. Y ninguno, ni de pasada, hace mención a que, en ese tiempo, el Noroeste africano bullía como un hormiguero, estaba lleno de vida, de movimiento, de gentes apegadas a las formas romanas que todavía alentaban, pero basándose en culturas mucho más viejas que, siempre, habían sabido sobrevivir, y me refiero al ámbito judeo-púnico que imperaba a todas luces.

Fue una sorpresa comprobar hasta qué punto las sucesivas migraciones de israelitas —años 70 y 135, con un colapso inducido por la misma Roma en el 117— habían impreso su propio carácter cultural y religioso en un ámbito libio-púnico que, entre otras cosas, parecía haber estado esperando desde siempre la irrupción de un fenómeno como aquél.

Mercado del Mantelete.

Adosado a las murallas de la ciudad antigua, el mantelete era origen y término del intenso tráfico comercial que, a partir de la declaración de puerto franco, protagonizó la actividad mercantil de Melilla.

Y me vino a la mente la similitud de esta conducta historiadora con la forma de actuación actual de los medios de comunicación, que sólo reflejan la actualidad de la parte del mundo donde están ellos, o a donde envían a sus corresponsales. Por poner un ejemplo y a las fechas en las que nos encontramos, en los noticieros sólo aparecen crónicas de Oriente Medio, algo de los Balcanes, muy poco ya sobre Afganistán y alguna pincelada breve sobre las convulsiones del subcontinente sudamericano, casi siempre relacionadas con la producción de droga o la corrupción política. En el resto del mundo: no pasa absolutamente nada..., cuando todos sabemos que no es cierto. Pero las necesidades de tiempo y de espacio obligan a los editores a recortar, a tachar y a prescindir de determinadas noticias que no están dentro del carrusel dinámico del día o, a lo sumo, de la semana.

Pues algo así —a mi entender— ocurría con los historiadores, o al menos esa es la sensación que prima. Los libros de peso, los numerosos y fáciles de encontrar, se basan en crónicas de lo que, en términos coloquiales, podríamos definir como la *jet history*, y van mudando el punto de

atención allí donde piensan que va a centrarse el interés de los futuros lectores o estudiosos.

Por eso, lo mismo que, entre septiembre del 2001 y febrero de 2002, no había telediario que no hablara —en exclusiva algunos— de los talibán y de las operaciones militares sobre Afganistán, la atención entre los siglos III aC. y V dC. se centra sobre todo en lo que más noticias proporcionaba: Roma y sus asuntos; y apenas si se detecta interés alguno por contar cómo vivían los tártaros, qué pasaba en las brumosas tierras de Germania —que no fuera preparar una incursión sobre los *limes* imperiales—, cómo prosperaban en centroáfrica o qué narices se estaba cocinando en África noroccidental, donde la ausencia de problemas graves para el Senado eximía a los cronistas de mantener corresponsalías permanentes —salvo los episodios protagonizados por Yugurta y compañía—.

No eran determinantes los sucesos de aquí —y utilizo el adverbio con toda propiedad—, y eso demuestra que los historiadores de la época no eran resistentes a la ceguera; porque es precisamente en ese entorno norteafricano, romanizado aún después de que Roma no fuese más que una caricatura bizantina, donde se estaba fraguando una identidad fundamental de la Historia: los bereberes —*imasighen*





Margen del río de Oro. Al pie del Cerro de Camellos se instaló, en 1903, el campamento de los judíos huidos de Taza que se acogieron a la protección de la ciudad española.

en su propia denominación—, que irrumpen apenas dos siglos después en la escena histórica sorprendiendo a la mayoría de los cronistas que, si bien no carecen de apelativos para denominarles —berberiscos, moros, magrebíes, musulmanes—, todavía no saben quiénes son en realidad esos que, aún hoy día, están a falta de leer su propia Historia..., porque nadie la ha escrito aún.

Metido en faena

Pero si algo me llamó la atención en medio de todo el proceso, fue comprobar hasta qué punto se forzaban las expresiones faciales de mis paisanos bereberes que me escuchaban preguntar sobre los orígenes judíos de los norteafricanos, y sé que ése será el tema estrella una vez que el libro salga publicado. Porque había de todo, aquiescencia en unos pocos, muy pocos, que algo habían leído sobre el asunto; perplejidad en los que, conscientes de su escasa o nula formación al respecto, me dejaban la iniciativa al seguir explicando al motivo de mis preguntas; rechazo, cuando no cierta hostilidad, en aquéllos que consideraban mis comentarios como una agresión a su realidad netamente musulmana.

Y me dije que, o afinaba, o podía ocurrir que mi versión de los hechos quedara excluida a priori de las expectativas de buena parte —casi la mitad— de la población local, que es, a fin de cuentas, a quien más va dirigido este intento de aclarar los orígenes históricos del ahora llamado Magreb.

Para entonces, cuando había llegado a esas alturas, yo estaba convencido de que el libro que iba a escribir — que ya estaba escribiendo en realidad—, iba a ser algo mucho más ostensible y voluminoso de lo que en un principio había calculado..., aunque aún no tenía título.

Pero no importaba, porque me bastaba con trabajar sobre aquella base de inmensas posibilidades que, según sigo creyendo, constituye un lujo para cualquiera empeñado en contar una historia. Todo tenía el sello de lo legendario, de lo epopéyico. Los nombres de los reyes, reinos y batallas iban apareciendo —cierto que al final y de la mano de historiadores árabes—; todos con su identidad judía y, en algunos casos, cristiana: Gasmul, Kusaila y la Qahina eran las figuras descollantes, Nihi fue el encuentro decisivo que detuvo a los musulmanes durante treinta años, y los mediuna, yeráua, fendelua, tilatan o rhiata, los gentilicios de quienes,

perdurando mil años más, todavía constituían núcleos de suficiente entidad como para ser determinantes en la política de los reinos marroquíes del XVIII.

Sin embargo, no era suficiente; porque, ya que podía centrarme en esa época oscura y poco ilustrada, no tenía pies ni cabeza el hecho de hacerla aparecer como por ensalmo, aludir a ella directamente o finiquitarla casi tan bruscamente como realmente sucedió. Aunque, eso sí, para retrotraerme a siglos anteriores no tuve dificultad: Canaán —o Palestina, que más o menos es lo mismo— ha sido siempre una zona de máximo interés, y el Cristianismo tardó cientos de años en darse cuenta de que podía inventarse una identidad distinta de su propio padre, el Judaísmo, y había mucho escrito del uno y del otro. Para después, para los siglos posteriores, ya se había desarrollado tanto la difusión de glorias y miserias que, a pesar de una cierta cicatería en lo referente al Magreb, no nos es difícil seguir la pista del dato concreto, extrapolar situaciones, elaborar razonamientos y dejar que gane la coherencia, junto con la aplicación de los patrones de comportamiento típicamente humano que nos hacen iguales a todos, desde hoy día a las fechas en que los neandertales rezongaban por la arribada de la gente nueva que acabaría con ellos.

Fue en ese instante en el que apareció el título del libro. Eran ocho fases en los que podía dividir el grueso de la Historia, desde la aparición de los primeros hebreos en la zona hasta llegar a los integrantes de la Comunidad Israelita actual. Ocho apartados, ocho capítulos..., y qué afortunada coincidencia con el número de las luces de la fiesta de Janucá, por no hablar de que, al salir a la calle, el presente sería mi octavo título publicado.

Acabé llamando *luces* a los capítulos, y *Como las luces de Janucá* al libro que, año y medio después de comenzado, me ha permitido, entre otras cosas, haber podido contar a ustedes, lectores de *AKROS*, estas conclusiones a modo de coloquio.

Deshaciendo la maraña

Sin embargo, este paseo por mi particular visión de la Historia, que podía haberse quedado ahí, en una narración más o menos comprometida con los textos anteriores no demasiado conocidos, acabó cargándose de valores propios, de conclusiones y de datos que, muy a pesar del que escribo, reacio siempre a invadir territorios académicos —por respeto, no vayan a creer que cultivo esa especie de desdén barato con que los aficionados diletantes suelen mirar a los historiadores de profesión—, no podía obviar en absoluto.

De hecho, buena parte de las motivaciones de este artículo se basan en poder sintetizar lo que, a lo largo de las páginas del libro podría quedar un tanto velado por la maraña narrativa.

En primer lugar, salta a la vista de un modo evidente que nos rige una cierta simplicidad a la hora de establecer márgenes definitorios de culturas, etnias y religiones. Al menos para el lector empedernido de Historia se conforma la idea de que fenicios, griegos, hebreos y egipcios —por citar los más usuales— formaban un mosaico bien definido con sus piezas separadas entre sí y, como en aquellos mapas antiguos de lectura fácil, con un color asignado para diferenciarles del resto.

Nada más lejos.

Ya los mismos textos sagrados, el Antiguo Testamento, empezando por el Génesis, hacen una alusión directa a la amalgama poblacional que reinaba en el Canaán del siglo VIII aC., cuando las tribus del norte de Israel, Dan Neftalí, Aser y Zabulón, formaban parte de una demografía general en la que estaban incluidas junto con los principados fenicios; es decir, que cuando los historiadores más antiguos se referían a los *fenicios*, no establecían distinciones entre unos y otros.

Sin querer pecar de una cierta *alegría* a la hora de aceptar conclusiones, y extrapolando la costumbre de generalizar a la hora de definir grupos étnicos o culturales en la actualidad, los eruditos griegos y sus imitadores romanos metían en el mismo saco a los hebreos del norte, a los sirios costeros y a los inquietos tirios y sidonios; es decir, para los primeros, todos eran *phoeni* que provenían de esa región oriental del Mediterráneo, les había picado el veneno del intercambio comercial y manejaban los barcos como nadie. Ésos eran los fenicios, una identidad que tomaba cuerpo de epidemia socio-económica al extenderse por toda la cuenca del mar de las culturas —como podríamos llamar también al *Mare Nostrum*—.

Tal vez eso nos ayude a entender la apabullante extensión alcanzada por las líneas comerciales, el tremendo despliegue de factorías y puntos de apoyo costeros y la hegemonía mercantil que dominó el litoral europeo, africano y asiático; es más creíble, por supuesto, imaginar a todo el ámbito del Canaán costero y parte del vecino anatolio como el origen de esta eclosión gigantesca, y no mantenernos aferrados a la idea de que los pocos habitantes de tres o cuatro ciudades fenicias organizaron tamaña empresa que, además, perduró durante siglos e incluso mucho después de que, oficialmente, desapareciera esa *denominación de origen*.

Tal vez por eso los cartagineses, herederos de esa identidad ya bien amalgamada, se expandieron con tanta comodidad y dieron forma a una república de corte pluralista y multicultural, un escenario poblacio-

nal en el que se mezclaban, ya con carta de naturaleza única, todo tipo de elementos sin ningún escrúpulo. Dentro de este universo *púnico*, pudo darse entonces las condiciones idóneas para que, en el 320 aC., se contabilizara un contingente hebreo de unos cien mil individuos en diversos enclaves de Cirenaica y Egipto, estratégicamente situados entre la órbita helenística y la cartaginesa —cuando, todavía, no había diáspora ni berrinche imperial que les empujara hacia allí—.

Y esta conclusión —a lo mejor bien asumida académicamente, pero extraña a los lectores de Historia contenida en publicaciones de consumo—, es lo que me ha permitido afirmarme en mi idea de que la presencia hebrea —todavía no me gusta utilizar el concepto *judío* para lo que es meramente un término identificativo de una cultura y una etnia no del todo definida— en el Mediterráneo occidental es, como poco, coetánea del segmento asignado a los fenicios, si no es que la aceptamos como parte integrante de ella misma, con todos los derechos.

Más cerca

La siguiente conclusión no es más que una suma de elementos entresacados de los datos generales referentes al Norte de África entre los siglos IV aC. y III dC., y que, enganchados entre sí para formar un tren aparte, adquieren la individualidad única de un mismo convoy de vagones idénticos.

El fuerte y próspero sustrato hebreo norteafricano es la mejor pla-



Hospital Indígena, en primer plano; detrás, el barrio hebreo, edificado para acoger a los refugiados de Taza.



Interior de la sinagoga *Or Zaruah*, la principal de Melilla. Edificada por el filántropo Yamín Benarroch a la memoria de su padre, ilustra el desarrollo económico de este sector poblacional melillense que, para esta época, mediados de los Veinte, había alcanzado su máxima expresión.

taforma sobre la que apoyar la diáspora del año 70, al menos la rama orientada en esa dirección, que aparece en escena como un refuerzo obligado. Alejandría, la Trípoli y la Pentépolis, y algunos enclaves aún más insertados en las cercanías de la capital cartaginesa, pierden un poco su identidad púnica para convertirse en lugares netamente hebráicos, hasta el punto que, una generación después, cuando las noticias del castigo romano se afianzan en toda esta extensión judía, estalla la rebelión del 117, que pone en pie de guerra a todas las colonias hebreas de la costa africana, desde Egipto hasta Numidia.

La respuesta romana es eficaz y contundente, por más que en un principio llegara a barajarse incluso la pérdida de estas áreas para el Imperio. Triunfan la represalia y el orden romano; pero se inicia un fenómeno poblacional a tener en cuenta cuando, los más recalcitrantes de los rebeldes, optan por alejarse de la mano dura imperial y se alejan —tal vez por vez primera— de las costas prósperas para penetrar más en África y colonizar el interior del continente.

Estos núcleos que abandonan las ricas ciudades del litoral acaban por asentarse y crear otros núcleos judíos en el interior de Tripolitania y Numidia; se llevan con ellos su virtuosismo comercial y artesano, pero adoptan también la agricultura y la ganadería como el *modus vivendi* que les hace perpetuarse hasta que, en el siglo VII dC., se encuentran con ellos los árabes en su expansión hacia el Oeste.

Sin embargo, esta migración judía “norte-sur” no fue

más que el prelude de otro movimiento masivo acaecido cuando, en el 135 aC., el poderío romano aplasta la rebelión de Bar Cochba y —entonces sí—, definitivamente, vacía Canaán de judíos y les empuja a que, en una alta proporción, emigren hacia el Oeste de nuevo para cumplir el divino castigo ideado por Júpiter.

Pero todo está ocupado; los recursos dan para los que ya están, y las ciudades egipcias alejandrinas, la Cirenaica y las Trípoli no pueden absorber tanto desplazado; por otro parte, el interior también está copado con las consecuencias del año 117..., ¿qué les queda?: seguir adelante, hacia poniente, hacia ese Oeste que, según los indicios de hace siglos, alcanza costas que ven de frente la puesta de sol.

Tal vez fue así, o tal vez fue que, al hacer presión los últimos, una suerte de efecto dominó empujara a parte de los asentados, que se corrieron hacia lo que después se llamó el Magreb.

Podemos situar la llegada en masa de estos judíos a los confines occidentales norteafricanos a finales del siglo II dC., pero la expansión de su cultura, la importancia del sistema socioeconómico y religioso judío posterior parece indicar que aquéllos no constituyeron una vanguardia, sino que, de algún modo, aprovecharon una presencia anterior —costera seguramente— que les hizo insertarse con comodidad en un ámbito geográfico poco conocido, poco explotado y poco dispuesto a enfrentarse al baño oriental que la Historia acababa de ofrecerles en bandeja.

Bereberes

No existe una Historia bereber, y es una pena; aunque, a fuer de sincero, no sé si sería conveniente que disputáramos por escrito de lo que la tradición oral ha instaurado como crónicas de los bereberes musulmanes. Hay tales diferencias entre lo que los textos ofrecen y lo que la mayoría de los bereberes actuales —deberíamos utilizar el término *imasighen*, pero en una publicación de tanta difusión como ésta prefiero mantener los conceptos más conocidos— tienen asumido como Historia, que sólo después de un largo periodo de formación y después de pasar por demostrar la validez de las fuentes bibliográficas, podremos contarles a los bereberes cuál es la realidad más cercana a la verdad sobre sus orígenes.

Para el bereber del presente, ellos siempre han existido como tales, y hasta hay quien afirma que, en realidad, muchos eran musulmanes aún antes de que su profeta apareciera por los desiertos arábigos e ideara un nuevo código ético-moral más, que, como todos, acabó convirtiéndose en *única religión* inspirada por Dios.

Es tan difícil establecer prolijamente los orígenes de los actuales habitantes del Magreb como tratar de seguir la genealogía mecánica entre un automóvil moderno y los primeros vehículos del siglo pasado.

Porque, ¿quién podría negar el aporte de Renault o de Ford en cualquiera de esas joyas coreanas o japonesas que inundan poco a poco el mercado europeo? Todo es el resultado de un intercambio universal. Y si, en el caso de mi ejemplo tecnológico, podemos retrotraernos documentalmente y fijar con rigor el precedente de los diseños Packard de primeros de siglo en cualquier monovolumen actual de los que infestan nuestras calles y carreteras, ¿por qué detenernos ahí, si es más que evidente que, todos, están más que influenciados por el concepto *eje-rueda-motor* de las cuádrigas romanas? Estas, a su vez, no hubieran aparecido de no haberse empezado a utilizar la rueda en Mesopotamia miles de años antes, o no haber absorbido el uso hitita de

los asnos como tractores antes de pasar al caballo a modo de motor?

Pues algo así ocurre con la realidad bereber, aunque, en este caso, la base, el sustrato poblacional de indígenas netamente norteafricanos, ha perdido una enorme parte de su identidad a causa de su poca afición por poner sobre el papel los chismorreos de su cultura; por eso no tienen Historia.

Pero, si bien se han perdido los planos de diseño de esta estirpe amplia y antigua, no ocurre lo mismo con el otro elemento, el foráneo que, desde bien pronto, hace acto de presencia en sus costas y acaba por engullirles en su sistema organizado..., y escrito.

De los legendarios —y poco académicos— garamantes, pasando por númeridas y mauri, se tiene certeza histórica desde que las sucesivas influencias externas nos hablan sobre ellos, con su versión de *la cosa* y su lengua propia.

Así, a la migración que hemos asistido en las páginas precedentes, sucede una conversión o, mejor aún, el nacimiento de una cultura que, aunque apoyada poblacionalmente en una demografía aún por determinar, acaba por tomar forma definitiva —forma que ha podido llegar hasta nosotros— desde que funde en sí misma tanto a los unos como a los otros.

No es de extrañar, entonces, que abunden los textos en los que se menciona con precisión a los judíos norteafricanos, sin hacer salvedades dignas de mención sobre los bereberes no asimilados. Y acaba por ocurrir que, lo mismo que a los habitantes de Canaán se les englobaba bajo el sello

de *fenicios*, todo el norte de África, a partir del siglo III, es un entorno donde lo judío es lo más preponderante.

Para el receptor de las noticias y los movimientos comerciales, que veía documentos escritos en hebreo o que oía hablar de las maravillas de tal o cual sinagoga norteafricana, la identidad de los autores estaba más que clara.

Bajo el manto romano, unificador por aplastamiento, lo hebreo tenía propia densidad, y flotaba; bien es verdad que mezclado con el aporte étnico indígena e influenciado hasta extremos insospechados por lo *púnico* que se resistía a morir. Pero ni éstos tenían ninguna posibilidad, una vez Roma había dejado claro que Cartago le era *non grata*, ni aquéllos eran capaces de escribir su Historia si no era echando mano de la lengua más universal y conocida del entorno, el latín o, en su defecto, el hebreo.

Cuando Roma se repliega y Bizancio queda como único rescoldo de poder efectivo, se disparan los resortes, y el Noroeste africano tiene que echar mano de sus propios recursos para seguir adelante. La realidad libio-púnica no tiene nada que hacer si quiere estar a la altura, y los únicos

Barrio del Polígono.

Desde 1888, el polígono se convirtió en la primera expansión extramuros de la ciudad, y albergó una intensa actividad comercial con primacía judía. Ya entrado en el XX, el barrio hebreo que albergó a los damnificados de Taza se ubicaría muy cerca.



que se han mantenido incólumes contra viento y marea son los judíos, con su cultura y su religión de probada solidez, y tiene lugar el siguiente paso de esta historia cuando, organizándose de un modo harto desorganizado, se crean las tribus y principados que, por primera vez, son capaces de autogobernarse desde que los hijos de Dido aparecieron por aquellos confines.

Ya andaba el cristianismo sembrando promesas por aquellos lares, pero era mucho más rentable, política y culturalmente, afianzarse en las estructuras hebreas, mucho más antiguas. De este modo, si los bereberes inmaculados en su esencia querían arrimarse la seguridad de lo instituido, acabaron por asimilarse y entrar a formar parte del entorno judío, fraccionado e independiente entre cada uno, pero con una bandera unificadora final que llevaba impresa en sus pliegues la efigie de la *menorah* del templo de Salomón...

..., un poco como ahora mismo —lo podemos observar claramente en Melilla— que, a pesar de las efusiones de sentimiento islámico, los jóvenes —varones, por supuesto— se empeñan en imitar los modos y atuendos propios de cierto sector social norteamericano, por otra parte más que difundido a través de películas y telefilmes.

Pero, volviendo a nuestro entorno judeo-bereber de finales del siglo VII, así les encuentra el Islam, y las banderas hebreas se aúnan para hacer frente a *los nuevos* que vienen del Este, demostrando que se había producido la asunción del concepto de *pueblo*, ese *nosotros* frente a *ellos* que vienen a por nuestras tierras.

Luego, el Islam victorioso —después de tres décadas de lucha sin apenas tregua— hizo tabla rasa, imitó a Roma y dejó claro que: "*antes de mí, todo es prehistoria*", robándoles a los bereberes la única oportunidad de haber formado una interesante biblioteca —no tan antigua como ellos, pero sí lo suficientemente importante como para que formara parte de su bagaje cultural— en la que poder estudiarse a sí mismos.

Por eso las reticencias de los bereberes musulmanes —incluyo el adjetivo religioso porque no se entiende si no este rechazo— a considerar su pasado judío con la suficiente y determinante importancia que tiene.

¿Dos Historias?

Es difícil practicar dos deportes distintos en la misma cancha, a la vez; y ahí radica la dificultad; para unos, entre los que me cuento, el peso y el valor de lo escrito, de lo susceptible de ser contrastado y discutido, es lo único que importa. Para otros, la tradición y lo que, para ellos, es sentido común, constituye la única forma de permanecer estrechamente aferrados a *La verdad*, sea ésta cierta o no.

Creo que, en mi caso y con todas las limitaciones posibles, he conseguido aunar las dos formas de ver la Historia, sumándolas en lugar de hacer que se opongan entre sí; pero, lejos de equilibrarse, el resultado de ambas me ha llevado en la misma dirección. La historia escrita no hacía más que indicarme el camino, y la razón me empujaba y me hacía acelerarme hacia la siguiente curva, lo cual es un alivio porque me ha privado —¡albricias!— de la responsabilidad de estar en desacuerdo con alguna de las dos.

¿Cuál de las dos será la que quede?

Cualquiera de los lectores habituales de revistas como esta *Akros*, tienen hace tiempo asumido que, más o menos, la Historia es así, arriba y abajo, a derecha e izquierda, adelante y atrás... Un tiovivo excéntrico que trata de abarcar los extremos de un círculo vago y lejano en el tiempo. Todo es matizable, relativo y susceptible de revisión...: nunca habrá una Historia definitiva.

Pero para una gran mayoría del público —y me estoy refiriendo a un exponente de cultura media y cierta objetividad, no a quienes, todavía, se aseguran la paz de su psique fijando con cola industrial los resortes de su mundo ideal—, es más sencillo recelar, pasar de largo o, si el tema promete, empaparse bien antes de negar toda la verdad que podría hacerles libres.

Y, al contrario de un artículo en una revista especializada, un libro abarca un ámbito muchísimo más amplio y variado, entre los que se encontrarán seguramente representantes de todo lo expuesto arriba.

¿Qué hacer, pues?

En mi caso, ser fiel a mis principios e ideas, y mantener a rajatabla mi propia concepción de la Historia. Es uno de los pocos privilegios —aparte el de poder hablar sin que te interrumpen— que le caben al que decide escribir, lo demás, son todo responsabilidades.

Y por eso el título del presente artículo, porque, frente a la fácil y poco comprometida forma de hacer Historia compendiando lo anteriormente escrito —y dejando el compromiso instalado en esas páginas, que casi nadie lee, dedicadas a la bibliografía, es decir, echándole el muerto a otros—, se abren las infinitas posibilidades de poner en juego el sentido común y trabajar sobre lo poco conocido, flirteando con la intuición, bailando con la duda y aproximándose peligrosamente al error, es cierto; pero saboreando la incomparable satisfacción de poder dejar por escrito lo que la razón sugiere, dejando al margen lo que el cantero grabó sobre la piedra, para perpetuidad del famoso, creyendo que era lo que, en el futuro, los demás querríamos leer.